

## Palabras del doctor Fernando Migallón

**M**ucho antes de ser descubierta, o como dice Edmundo O’Gorman, de ser inventada, América ya existía en el pensamiento de las más antiguas civilizaciones. Desde que Grecia conquistó las fronteras del pensamiento; América, una tierra al otro lado del océano, se presentaba como un continente posible de esperanza y de bienaventuranza. Alrededor de la posibilidad de esta tierra que siglos después sería nuestra, se tejieron esfuerzos y miedos, leyendas y mitos, todos ellos coincidentes en la facultad creativa y reconstructiva de un nuevo continente entonces virgen que, una vez descubierto, sería la encarnación de todos los sueños del Renacimiento.

Una vez que el encuentro de culturas ocurrió en el continente, un tiempo de contradicciones, de confusión y de violencia, sirvió de parto a lo que con los siglos se convertiría en una nueva cultura. Este momento histórico que todavía es materia de nuestros desvelos, ha llenado el imaginario colectivo de todas nuestras generaciones, ha producido sinnúmero de imágenes desde una leyenda negra hasta las más variadas versiones apoloéticas. Visto ya con la lejanía del tiempo, ese momento, como todo encuentro entre culturas, no puede dejar en nosotros sino la memoria de un nacimiento difícil, oscuro a veces y luminoso otras tantas, en que surgimos a la historia en base a lo que fuimos pero como una necesaria posibilidad de futuro.

Si los elementos étnicos habían iniciado su larga marcha hacia el

mestizaje y, por lo tanto, hacia la identidad; el reto mayor todavía estaba por suceder: hacer realidad una cultura que hasta ese momento había sido sólo una promesa.

La respuesta fue casi inmediata. Si bien es cierto que al mismo tiempo en que se cometían en nombre de la religión los más crueles excesos, un grupo de hombres, hijos del Renacimiento, de la razón y de la esperanza, elevaron sus voces para fundar en nuestro continente la primera casa de estudios universitarios.

La Universidad americana nació mexicana y, con más precisión, nació humanista y abrió su reflexión con los estudios jurídicos. Orgullo sin par del cual podemos hacer gala en nuestra historia, México comparte su historia civil, militar y política, con una larga y constante tradición universitaria. Hoy, a más de cuatro siglos de distancia, en la ciudad que ha sido la de los palacios y la región más transparente del aire, que se ha transformado hasta adquirir mil rostros diferentes, celebramos la constancia de la historia, la memoria común de una cultura y el más importante proyecto cultural de la Nación mexicana.

La Universidad nació prácticamente con la primera cátedra de Derecho dictada en América. Quienes después de duros avatares históricos hemos heredado la tradición y el ideal de aquella primitiva escuela de Derecho, mantenemos algunos de sus elementos y damos vida a la tradición a través del cambio constante y la búsqueda de nuevos horizontes.

La Facultad de Derecho de la Universidad Nacional Autónoma de México, rostro contemporáneo de la antigua y célebre Escuela Nacional de Jurisprudencia, germen ideológico de la Revolución Mexicana; es hija de las extintas escuelas universitarias del siglo XIX, que en medio de la confrontación, la anarquía y aún del desastre, supieron perseverar, formaron a quienes concluyeron el difícil reto de formar el Estado mexicano y todavía tuvieron aliento para impedir que el espíritu universitario muriera en nuestras tierras. Es heredera de la Universidad, primero real y luego también pontificia, que tuvo el acierto de rescatar la memoria histórica de los primeros pueblos de esta tierra, sin cuya acción se habría perdido definitivamente, y de emprender el primer proyecto conscientes de mexicanidad del que tengamos memoria.

Esas son nuestras credenciales, esa es la acreditación que mostramos como parte de la historia mexicana y continental; pero esas son también las raíces de nuestra vocación y la fuente de nuestro compromiso.

Son ciertamente muy pocas las instituciones en México y en cualquier parte del mundo que pueden ostentar una historia tan prolongada y tan llena de retos y jornadas de triunfo; muy pocas las que han logrado resistir lo que el doctor Juan Ramón de la Fuente, ha llamado las largas noches, y son menos aún las que se entrelazan con sus sociedades, de tal manera, que comprenderlas significa comprender también el sentido de la cultura y la civilización de los pueblos que las albergan. La Universidad mexicana es uno de estos casos de excepción.

De nuestros primeros días mantenemos nuestra confianza en el uso de la razón como única forma para encontrar la verdad, nuestra irrenunciable convicción en que sólo el conocimiento científico puede aspirar a explicar los problemas de la realidad y que sólo él puede ofrecer respuestas a las dificultades de la vida en común; hoy, separados de los dogmas, a los cuales vemos como vestigios de una forma opresiva y caduca de entendimiento, seguimos pensando, como los hombres de hace 450 años, que la luz de la razón es más que suficiente y basta para entender y mejorar la realidad que nos ha correspondido.

Somos un conjunto de mujeres y hombres seguros del lugar que la Universidad y la Facultad tienen en la historia y en la vida de México; nuestra seguridad nace de una identidad y de un carácter bien definidos basados en una historia prolongada y congruente con la historia de la Nación; pero también de una constante voluntad de innovar, de reconstruirnos en el diálogo con el país y sus necesidades.

De la Revolución comprendimos la necesidad de emprender la lucha por la autonomía y de ésta aprendimos, como ciudadanos y como universitarios, que el sentido de la vida universitaria sólo puede entenderse si seguimos siendo fieles a la autonomía como única garantía de vida y futuro de nuestra Casa; fieles al sentido público de nuestra Institución por cuanto estamos llamados a servir a todos, sin exclusivismos ni dogmatismos y fieles al carácter nacional de nuestra educación, más allá de regionalismos y de sectarismos.

El paso del tiempo y la acción conjunta, el diálogo, entre las gene-

raciones que han convivido y conviven en nuestros espacios, nos han permitido comprender que las misiones fundamentales de nuestra Universidad: educar, investigar y difundir la cultura, sólo adquieren sentido si se les pone al servicio de un fin último y mayor: fungir como conciencia crítica de la Nación, identificar los riesgos y los espejismos en la ruta de la historia; ser faro que ilumina el sendero y que hace claro el objetivo de los afanes sociales y siendo, ante todo y pese a todo, la Casa de la Libertad, para todos los mexicanos.

Esa es la tarea que las nuevas generaciones de miembros de la Facultad de Derecho hemos aceptado; una tarea que al igual que las anteriores que la Universidad ha adoptado, nos tomará tiempo y esfuerzo, entrega y voluntad, pero que sabremos honrar con la misma pasión que ha sido constante en los 450 años de enseñanza jurídica en México.

*Muchas gracias*